

En primer lugar, quiero agradecerlos a todos vosotros que hayáis acudido a esta especie de bautizo del libro.

También quiero dar las gracias a la gente de La Discreta, no solo por haber aceptado publicar mi libro –lo que para mí supone un orgullo y un privilegio–, sino por la labor tan romántica, puramente literaria, lejos de intereses comerciales, que llevan a cabo en el campo de la edición.

Y naturalmente a los dos Luises, Luis Mateo Díez y Luis Junco, estos dos magníficos escritores, que han aceptado ejercer de padrinos en este acto, dándole una categoría que de otra manera no habría tenido.

Quizá debería empezar justificando, o explicando, el título de este libro, *El río*.

Casi cualquier libro se podría titular *El río*, pues esta es una de las metáforas más universales, más persistentes, más polivalentes y más antiguas que existen. No solo todas las vidas transcurren. Las mismas cosas parecen llevadas por una corriente que las cambia. Y no digamos cuando pasan a la literatura. Todas las historias, todos los personajes, hasta los mismos textos, todo fluye. Así que si todo es río en literatura, ¿en qué sentido era un río este libro?

Necesitaba una cita que lo aclarase. Y como no la encontré, la falsifiqué. ¿Qué mejor manera de empezar un libro en el que a veces personajes que han existido realmente aparecen diciendo cosas que nunca dijeron, que con una cita imaginaria? Tomé el nombre de uno de los ríos más literarios de la Tierra y puse en boca del autor que mejor lo cantó unas palabras que cualquiera acepta que pudo haber dicho. Ni yo, que inventé esas palabras, puedo estar seguro de que Mark Twain no las dijera nunca en alguno de esos libros maravillosos, *Huckleberry Finn* o *Viejos tiempos en el Misissippi*. Esa misma cita es un capítulo más de este libro.

La cita que Mark Twain pudo haber escrito dice: “El Misisipi fluye por otro río”. Y, como ya habréis adivinado, ese río por el que discurre el Misisipi es el Tiempo.

El libro imita a un río en dos sentidos. Por una parte, se compone de muchos afluentes de longitud y caudal muy distintos (o sea, textos de extensión muy desigual,

pues algunos tienen no ya una página, sino apenas una línea, y otros se extienden durante diez, incluso veinte páginas). Y por otra, “desciende” por el cauce de la Historia, ya que los textos están ordenados cronológicamente desde la remota prehistoria hasta lo que quizá algún día sea el futuro. Podemos imaginar que vamos navegando, y avanzamos por las aguas del Tiempo, observando escenas, imágenes, episodios, historias. Ese es el sentido del título.

Podría reclamar para este libro unos antepasados nobles, valores indiscutibles de la gran literatura. Podría decir que este libro descende de las *Vidas imaginarias*, de Marcel Schwob, de la *Historia universal de la infamia*, de Borges, de algunas de las *Historias de almanaque*, de Bertolt Brecht, incluso de las *Falsificaciones*, de Marco Denevi. Y no es que reniegue de estas influencias, que quizá existan. Es que estos textos están emparentados con una literatura más modesta. Se podría decir que son fragmentos sacados de novelas de aventuras, de intriga, de ciencia ficción, hasta de tebeos... de géneros menores que quedan un poco al margen de la gran literatura, de la literatura seria, con mayúsculas. Los textos de *El río* son familia, o quieren serlo, de la narrativa popular, de las narraciones juveniles, de esa literatura ligera que está llena de unas historias, de unos episodios, de unas imágenes que nos impresionan de una manera distinta, más primaria, más elemental, que como nos impresiona la literatura seria, adulta.

Por otro lado, los textos de *El río* comparten un poco el espíritu del haiku, esos poemas japoneses breves e intensos que se ocupan de cosas pequeñas, en apariencia insignificantes, que acaban resultando muy significativas. Que tratan de conseguir el mayor efecto con el menor número de palabras, que en diecisiete sílabas intentan meter el mundo, ver la eternidad a través de un instante fugaz. Algunos de los textos de *El río* aspiran a ser, como muchos haikus, la visión súbita de algo misterioso e inexplicable.

Así pues podríamos ver *El río* como un cruce entre la novela de aventuras y el haiku. Sus textos son novelas de aventuras que tienden al silencio. O novelas de aventuras pulverizadas en haikus.

Desde otro punto de vista, podríamos dividir estos textos en dos grupos. Por una parte están los que se refieren a hechos desconocidos. Podríamos decir que se refieren a momentos no estelares de la Humanidad. Y por otra parte están los que se refieren a episodios conocidos. Estos, que sí serían momentos estelares de la Humanidad, están presentados con la vista fuera de la escena principal. Unos y otros forman una especie de Historia Universal hecha mirando hacia otro lado. Mirando no al centro, sino a los alrededores, a los aledaños, en busca de detalles secundarios, marginales, que quizá guarden la clave de muchas escenas.

Eso por lo que se refiere a los hechos. Por lo que respecta a los personajes, los hay humildes y anónimos –mendigos, campesinos, monjes y monjas, médicos, enfermos, marineros, comerciantes, soldados, niños, viejos, hombres y mujeres- y hay personajes históricos conocidos -Buda, Alejandro Magno, Jesucristo, Lázaro, San Antonio, John Milton, Stevenson, Lawrence de Arabia, Horacio Quiroga, George Mallory, Papini, Mircea Eliade-, grandes figuras de la Historia. Unos y otros tienen el mismo tratamiento, pues los vemos en momentos que no son los culminantes de sus vidas, los más conocidos, pero que tal vez arrojan más luz que otros sobre ellos. Esta mezcla de personajes anónimos y conocidos es un intento de combinar la épica, lo heroico, las grandes aventuras, con la sensibilidad por lo humilde, la atención hacia lo pequeño, lo fugaz.

Creo que en estas historias, en estas imágenes, hay algo que las unifica, y es que en la mayoría de ellas hay una revelación. Una revelación, entendida como un momento en el que algo encuentra sentido, y que puede ser negativa, pues lo que se descubre a

veces es la falta de sentido. Revelaciones, en todo caso, muy modestas, escondidas, a la vista de casi nadie, que casi no lo parecen.

Es posible que lo que más pese en este libro, lo que más recuerde uno al final, sean las brutalidades, las atrocidades, el dolor, el sufrimiento. Incluso el libro puede parecer un arbitrario catálogo de horrores. El mal corriendo como pollo sin cabeza. Una prueba de que el mundo está mal hecho. Pero hay dos o tres historias que creo que invierten esa impresión, que orientan los hechos en otra dirección. En esas dos o tres historias, los personajes piensan que viven en el infierno. Pero en el momento en que lo van a abandonar, se resisten a perderlo. Comprenden que el infierno no era tan infierno. Es como si descubriesen que hay una salvación, entre comillas, y que esa salvación estuviese aquí, en este mundo. Como si descubriesen, por decirlo de una manera esquemática, simple, que el mundo está bien hecho y tiene un plan, en el que el horror es una pieza más, y por ello como si el horror irradiase un cierto optimismo.

Pero todo esto quizá resulte demasiado serio, hasta un poco solemne. El libro es mi personal homenaje al mundo de la lectura. De la lectura que me gusta y que practico. La lectura caótica, desordenada. Gobernada por el azar. Lectura de cuesta Moyano, podríamos llamar, un lugar en el que, como todo el mundo sabe, uno encuentra y acaba leyendo libros que jamás había buscado.

Muchas gracias.